

Nicolás Jacobone

Los impotentes





Seix Barral Biblioteca Breve

Nicolás Jacobone

Los impotentes

© Nicolás Giacobone, 2024
© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2024
© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2024
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Poemas de Alejandra Pizarnik: «En tu aniversario» (p. 106); «El despertar» [fragmento] (pp. 238-239); «Despedida» (p. 319)

Primera edición: junio de 2024
ISBN: 978-84-322-4376-9
Depósito legal: B. 9.069-2024
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1. PAN MAYER

No sabe adónde ir. No saber adónde ir es importante. Cada paso, un paso hijo del azar.

Falso. Cada paso es una decisión. Aunque no sepa dónde va, tiene que decidir hacia dónde apuntar el pie. Hay una táctica detrás de cada paso. Una táctica inmediata y no demasiado analizada, pero táctica al fin. Cada decisión es una decisión táctica.

Su plan no es perfecto. Emilia decía que aspirar a la perfección es inhumano pero que al mismo tiempo no nos queda otra.

Alguien le pregunta a alguien la hora y Pan apura el paso. No le importa la hora. No tiene que importarle. Solo sabe que es de día y no debe faltar mucho para que anochezca. Sabe que es lunes porque ayer, que aún chequeaba el día y la hora, era domingo. Espera no tardar en olvidar qué día y hora es.

Dobla a la derecha y enfila hacia algún lado. Le cuesta no imaginar posibles planes para lo que queda del día. Es difícil no imaginar posibles planes. El pensamiento es tan suyo como ajeno. Ya no va a intentar someterlo, que lo lleve donde quiera, que lo ponga de rodillas y lo azote con imágenes aterradoras.

El olor de este barrio es conocido. Su barrio. Ya veremos qué pasa cuando se aleje, si es que decide alejarse. Decide sin decidir. Se aleja porque así se dio, así se va a dar.

Cuando Emilia entienda que desapareció, va a salir a buscarlo. Va a sufrir su ausencia. Va a padecerla. La cara de Pan va a viajar por el país y en algún momento lo van a encontrar. Una cámara pública lo va a grabar caminando o alguien le va a sacar una foto.

Los faroles se encienden al menos una hora antes de lo necesario. Pan no recuerda otro momento en el que se haya encontrado caminando por la calle justo cuando los faroles se encienden. Seguramente existió ese momento. Seguramente en aquel momento los faroles se encendieron sin que se diera cuenta.

Una rotisería vende pollos a la espada. Pan presiente que le va a agarrar hambre. No debe ser hambre real, sino una de las tantas formas que su mente tiene de lidiar con la ansiedad. Va a comer cuando sienta hambre en serio. Va a comer cuando el hambre sea un dolor. El cuerpo nunca le dolió por falta de comida. Tampoco se le nubló la mente. Quiere experimentar el placer de ingerir alimentos cuando realmente los necesite. El placer de morder un durazno, no porque es dulce y jugoso, sino porque es la gasolina necesaria para seguir viviendo.

¿Cuánto se tarda en sentir hambre en serio? ¿Cómo duele el hambre?

Los borceguíes le aprietan el arco. Debería haberlos caminado varios días antes de otorgarles la cucarda de «único calzado de ahora en más». Ya se va a acostumbrar. Los pies se van a habituar a estas dos casas idénticas de cuero y goma. Fue una buena idea decidirse por los borceguíes: es agradable caminar sin tenerle miedo a lo que pisa.

* * *

El olor no cambia para mejor o peor, simplemente cambia. La gente no es del todo la misma, aunque Pan no puede afirmar en qué se diferencia. De alguna manera todo es diferente y lo mismo.

Al pasar por la vidriera de una juguetería, ve su reflejo y se detiene. Cuando sea viejo va a lucir una hermosa joroba. Si es que llega a viejo. Ignora si es posible llegar a viejo viviendo la vida que acaba de empezar a vivir. Ignora si importa llegar a viejo. No importa saber si va a llegar a viejo, y tampoco es que sea posible saberlo. Nadie lo sabe con seguridad; ni siquiera los que viven vidas sanas tanto física como psicológicamente, los que hacen todos los días lo que supuestamente hay que hacer para vivir una larga vida. Aunque hay gente que hizo en gran parte lo opuesto a lo que supuestamente hay que hacer para vivir una larga vida y murió a los noventa y tantos años, y gente que siguió a rajatabla lo que supuestamente hay que hacer para vivir una larga vida y murió joven.

Es bueno asimilar estas obviedades. Suelen ser las que exponen los que pretenden vivir evitando hacer lo que supuestamente hay que hacer para vivir una larga vida. Obviedades que se afirman sin detallar los porcentajes. Pero lo importante son los porcentajes, no las excepciones. Los que pretenden vivir sin cuidarse se fijan solo en las excepciones, pero los porcentajes justifican a los que viven haciendo lo que supuestamente hay que hacer para vivir una larga vida.

Pan no posee una gran inteligencia. No se considera especial. Tardó en darse cuenta de que no es especial. Emilia, cuando era chico, le juraba y recontrajuraba que era especial: todos los días de su infancia se ocupó de repetírselo. Pero a medida que Pan se acercaba a la adultez, ella fue dejando de repetirlo, se fue olvidando de prestarle atención. Pan sintió esa distancia. No recuerda cuándo la sintió por primera vez,

pero sí que la sintió. Recuerda el sentimiento de distancia, o la distancia sentida.

¿Qué hora es? Basta de preguntarse la hora. Lo único que sabe es que se hizo de noche. Su primera noche acaba de empezar.

En algún momento debe haber pasado por este barrio. Podría fijarse en los nombres de calles y comprobarlo. No, mejor no fijarse. ¿Para qué? No está yendo a ningún lado. Sí, a algún lado va. Siempre que se camina se va a algún lado.

Cruza una calle y, al pasar por una plaza de árboles frondosos, siente que la temperatura baja. Se sube el cuello de la campera. Tendría que haberse lanzado a esta nueva vida en verano, acostumbrarse al vagabundeo sin padecer frío. Pero su intención no es ser vagabundo. Su intención es vivir sin ser nada en particular. No ser más hijo o novio o concubino o lo que sea que era. No tener nombre. Y si le preguntan cómo se llama, decir lo que le surja en el momento.

¿Qué nombre daría si alguien le preguntase ahora cómo se llama? No se le ocurre ninguno. O sí, solo se le ocurre el nombre que le dio Emilia. El nombre que figuraba en su documento y cortó en pedacitos y arrojó al contenedor de basura reciclable junto con su celular, tarjeta de débito y carnet de seguro médico.

* * *

Pan va a caminar hasta que el hambre sea un dolor y entonces pueda elegir uno de los restaurantes que lo rodeen y cenar lo que sea que lo tienta del menú. No va a elegir qué comer hasta leerlo y darse cuenta de qué es lo que quiere.

Basta de planificar. Lo único que importa es que camina y es de noche. ¿Importa que sea de noche? Todos los días van de la luz a la oscuridad y a la luz otra vez.

En algún momento le va a agarrar sueño y va a tener que decidir dónde dormir. ¿Se puede improvisar dónde dormir de la misma manera que piensa improvisar dónde comer?

El estómago le produce un ruido burbujeante, pero Pan no está seguro de que sea hambre. Si piensa en comida no se le hace agua la boca. ¿Cuánto falta para que cierren los restaurantes? Basta de preguntarse la hora. ¿Qué va a hacer si el hambre aparece cuando los restaurantes ya cerraron? Compra algo en un kiosco y lo come en el cuarto de hotel. ¿Va a dormir en un hotel? ¿Ya lo decidió? No, no tiene que decidir con tanta anticipación. Solo decisiones inmediatas.

Enfila por el sendero de una plaza, se sienta en uno de los bancos, se quita el borceguí derecho y se masajea el pie. Se quita el borceguí izquierdo y se masajea el pie. Empieza a caminar otra vez. Es curioso cómo, al caminar sin rumbo ni intención, los ruidos que lo rodean existen en un mismo nivel de importancia. Su mente no elige qué escuchar: todos los sonidos son igualmente placenteros e irritantes.

Mientras espera que el semáforo le permita cruzar, mira el cielo y comprueba que no termina de oscurecer del todo.

Alguien le grita a alguien que venga a ver algo.

La temperatura sigue bajando. Igualmente, como ya hace rato que entró en calor, piensa en quitarse el sweater. Pero le da fiaca quitarse la campera para quitarse el sweater. Además, si se quita la campera, se quita la plata que lleva encima, la plata que ahorró durante semanas. Lo mejor va a ser meterse en un hotel antes de que se haga demasiado tarde. Esto de no saber adónde va está muy bien, pero no a la madrugada cuando crecen las chances de que lo dejen sin un peso. O tal vez eso es lo que tenga que pasar: quedarse sin un peso. Si lo van a robar, que lo roben. Luego busca un trabajo provisorio, lo que sea que consiga el tiempo que le parezca necesario, o que quiera, o que le permitan trabajar.

¿Es posible conseguir un trabajo sin documento de identidad? ¿Se apuró a cortarlo en pedacitos y tirarlo a la basura?

Lo hecho, hecho está. Si le hace falta trabajar, buscará la manera de que lo contraten en negro. No, tiene que evitar que lo roben y entonces va a poder vivir un tiempo sin trabajar. Si es que no gasta plata en cosas innecesarias. Tal vez le entren ganas de gastar plata en cosas innecesarias.

Al llegar a microcentro, busca un hotel de una o dos estrellas, o sin estrellas, uno de esos antros de fachadas sospechosas donde tal vez no pidan identificación.

Los bares y restaurantes siguen abiertos, pero no por mucho tiempo más. Pan trota media cuadra intentando despertar el hambre. Trota una cuadra entera. Tal vez lo correcto sea no comer hasta el desayuno.

Piensa en frenar a alguno de los pocos que aún deambulan por la calle y preguntarle si sabe dónde hay un hotel barato. No, lo adecuado es no preguntar. Ya va a aparecer. Antes, cuando aún no buscaba un hotel, encontraba uno cada tres cuadras.

* * *

Se detiene ante una puerta de madera oscura junto a una placa de bronce con el nombre del hotel. No tiene estrellas, pero que les haya alcanzado para la placa le da confianza. Toca el timbre. No hay portero eléctrico, así que no le queda otra que esperar que alguien venga a abrir la puerta. No viene nadie. Vuelve a tocar el timbre.

Se siente un poco cansado, pero no tanto como para no seguir dando vueltas, avanzando sin rumbo. Aunque la idea de una cama, de su cuerpo estirado sobre un colchón, lo seduce: sacarse la campera, el sweater, los borceguíes, los pantalones, las medias, los calzoncillos, la remera tal vez, y adoptar la posición horizontal.

Vuelve a tocar el timbre y alguien del otro lado grita que ya viene. La puerta se abre y una mujer se asoma, lo mira como esperando algo.

Buenas, dice Pan. ¿Tienen cuartos disponibles?

La mujer lo invita a pasar. El pasillo está lo suficientemente iluminado para que no se lleven por delante. El lobby es un rectángulo de paredes blanco tiza, sin cuadros, alguna mancha de humedad y un escritorio con una computadora y dos guías telefónicas: páginas blancas y amarillas. La mujer se sienta frente a la computadora y le pregunta cuántas noches piensa quedarse.

Una.

La habitación con vista a la calle vale treinta dólares y la de con vista al fondo, veinte.

Con vista al fondo está bien.

Tres mil ochocientos pesos.

Pan paga con el cambio justo, rogando que ese detalle la convenza de no pedirle el documento. La mujer abre el primer cajón del escritorio y saca un cubo de madera con el número siete del que cuelga una cadena con una llave.

Tiene que subir al segundo piso, dice señalando la única escalera.

¿No venden algo para comer?, le pregunta Pan.

La mujer abre otro de los cajones, saca una barrita de cereales y se la ofrece.

Doscientos cincuenta pesos.

Pan le vuelve a pagar con el cambio justo y guarda la barrita en el mismo bolsillo en el que guarda la plata. Encara hacia la escalera, cuando la mujer le informa que entre siete y diez de la mañana sirven desayuno.

Café con leche, medialunas y un Cepita de naranja. Todo incluido.

Pan sube tratando de imaginar en qué parte de este inmueble angosto de techo bajo servirán el desayuno. El primer

piso no muestra más que un pasillo estrecho con tres puertas. El segundo es idéntico al primero. Una alfombra que no cambian desde hace décadas, o que alguien diseñó para que así lo parezca. Pan busca la puerta con el número siete. La llave no calza en la cerradura. No es raro que le pase esto: las llaves nunca calzan cuando intenta usarlas por primera vez. Luego gira sin problemas y...

Podría ser peor. *Mucho* peor. Espera que algún aroma molesto se haga notar, pero casi no hay olores, solo una sensación leve de encierro. Golpea el cubrecama un par de veces y la cantidad de polvo que se eleva es soportable.

Entra al baño y prende la luz: limpio. La ducha sale de la pared a la altura de sus hombros. Suerte que ya no va a bañarse. Abre el agua fría y la cierra. Debería haberle preguntado a la mujer si tenía algo para tomar, tal vez uno de esos jugos que dan en el desayuno. No, mejor no beber nada hasta sentir sed.

Se quita la campera, el sweater, los borceguíes, los pantalones, las medias, los calzoncillos, y se acerca a la ventana. Comprueba lo que ya sabía: da a la parte trasera de otro edificio; ventanucos de baños o cocinas, cajas de aires acondicionados.

Saca la barrita de cereales del bolsillo de la campera y se acuesta. Aún no tiene hambre; al menos no la que está esperando tener. Hoy al mediodía comió por última vez: dos sándwiches de jamón cocido, queso, mayonesa y las cuatro lonjas de pan de salvado que quedaban en la heladera. Desenvuelve la barrita y la huele. Ninguno de los cereales que la componen parece natural. Levanta la cabeza buscando un tacho de basura pero, como desde esta posición no ve ninguno, deja el envoltorio en la mesita de luz. Toca la barrita con la punta de la lengua y aguarda que las papilas despierten el hambre. No despierta. O sí despierta, pero Pan no sabe reconocerla. Tantos años de saciedad que olvidó cómo sentir hambre. Envuelve la barrita y apaga la luz.

Despierta con sed, pero sin hambre. La barrita de cereales en el envoltorio abierto le da asco. Sale de la cama y se estira: intenta tocarse las puntas de los pies. Ya es de día, pero la luz aún no lastima, por lo que asume que debe ser temprano, o el sol no llega a asomarse a este corazón de manzana. La habitación es un poco más deprimente que de noche.

Hace pis y se lava la cara. Piensa en lavarse las manos, pero no: si no se baña ni cepilla los dientes, lo correcto es no lavarse las manos. Mañana tampoco va a lavarse la cara. Ignora por qué se la lavó. No es una necesidad básica. Que las lagañas permanezcan el tiempo que quieran agarradas a sus ojos.

Un sorbo de agua de la canilla, y luego un segundo, y el tercero lo escupe porque presiente que va a revolverle el estómago. Se viste, agarra la llave, la barrita y sale al pasillo.

Silencio en las otras habitaciones. No lo sorprendería ser el único inquilino de este hotelucho perdido en el microcentro. Baja las escaleras esperando los típicos ruidos del desayuno, los mismos que escuchaba con alegría al acercarse a salones de los hoteles cuatro o cinco estrellas que visitó con Emilia en los pocos viajes que hicieron juntos. Llega a planta baja con una leve sensación de mareo. No hay nadie detrás del escritorio.

Hola, dice. Buen día.

Como la mujer no aparece, supone que quizá lo mejor sea dejar el cubo con la llave en el escritorio e irse. Desayunar en el primer café que encuentre, o en el primero que le llame la atención, si es que el hambre al fin decide asomar la cabeza. Enfila hacia la puerta de calle, cuando alguien le pregunta adónde va: un hombre de unos setenta años con un trapo de piso en la mano.

Dejó la llave en el escritorio, dice Pan.

¿Qué habitación?

Siete.

¿Ya desayunó?

No, no encontré el salón.

No hay ningún salón. Servimos en la cocina o las habitaciones.

A Pan le da culpa irse sin tomar el desayuno. ¿Quién es para desdeñar el café con leche con medialunas y jugo de naranja en tetrabrik que esta buena gente le ofrece y además ya pagó? Pero no tiene hambre. Siente el estómago vacío, pero no hambre.

Alza una mano saludando al hombre y se dispone a salir, pero la puerta de calle está cerrada con llave. Se miran un momento, como si el hecho de no haber podido abrir la puerta hubiese revelado el plan macabro que esconden los dueños de este hotel. El hombre se le viene encima con la llave y el gesto de alguien que acaba de oler bosta.

¿Durmio bien?

Sí, muy bien, gracias, dice Pan, y se pierde en la vereda más poblada del mundo.

* * *

La primera mañana de su nueva vida. Su vida de ahora en más. Empieza a caminar hacia la derecha, pero se arrepiente y enfila hacia la izquierda. El sol en la cabeza no tarda en sugerirle que se quite la campera. ¿Qué va a hacer en verano con la campera? La carga en una mano. No, la idea es no cargar nada. Lo mejor es venderla cuando pierda utilidad y luego comprar otra cuando la sienta necesaria.

Saca la barrita de cereales y la huele. El hambre se mantiene agazapada. ¿El hambre es un mito? ¿Un invento publicitario? Sabe que no, pero lo piensa: el hambre no existe, y tira la barrita de cereales a un tacho de basura.

Camina quince cuadras en línea recta. Cruza a la vereda con sombra y camina otras quince cuadras en línea recta.

Dos pibes pasan devorando facturas que pellizcan de una bolsa de papel húmeda de aceite o manteca. Extrañamente, lo que le despierta el hambre no son las facturas, sino la bolsa húmeda.

Pan avanza por una avenida de mueblerías y negocios de artículos para el hogar. Ya no tiene que comprar mesitas de luz ni veladores ni percheros. Cuando suba la temperatura (si es que no se encuentra en una zona de campos con suelo de tierra y barro), va a vender los borceguíes y conseguirse un par de zapatillas cómodas, las que usan los maratonistas.

El primer café que aparece fue fundado hace cien años y remodelado por última vez hace cincuenta. Pan se sienta junto a una ventana y espera que el mozo le traiga el menú. Pide un café con leche, un jugo de naranja exprimido, tostadas de pan negro con manteca y mermelada, dos medialunas de grasa, un muffin de banana y nuez y huevos revueltos con jamón cocido.

No logra evitar espiar la hora en un reloj de pared sobre la puerta que da a la cocina.

El café con leche es tomable. El jugo de naranja muestra restos de pulpa, pero la textura y sabor lo hacen dudar de que sea exprimido. Las medialunas recuperan la frescura cuando las moja en café con leche; las devora sintiendo cómo le chorrean el mentón. Los huevos revueltos funcionan solo si los desparrama sobre tostadas untadas con manteca y mermelada.

Cuando llega el momento de probar el muffin, se da cuenta de que no tiene hambre. En realidad dejó de tenerla luego de devorar las medialunas mojadas en café con leche. Es probable que tampoco haya tenido hambre antes del desayuno, al menos no la que esperaba tener desde que empezó esta nueva vida.

¿Pero por qué es importante que el hambre sea un dolor? Cuando el mozo dejó el desayuno en la mesa, Pan sintió claramente el deseo de comerlo. ¿El deseo no es suficiente? Un deseo no es más que un antojo, pero un dolor es un grito de socorro. Un dolor indica que hay que hacer algo ya.

Mientras paga el desayuno, se arrepiente de haber comido antes de que el hambre sea un dolor. Envuelve el muffin en una servilleta y lo guarda en el bolsillo de la campera en el que solía llevar el celular. Da un paso y se detiene. Como la idea es no cargar nada, deja el muffin en la mesa y sale del café.

Camina veinte cuadras sin doblar ni girar en sentido contrario. Basta de contar las cuadras: es otra forma de vivir agarrado al tiempo.

Se alegra al pensar que ya no tiene que apurarse. Excepto que alguien lo persiga. Aunque le cuesta imaginar por qué alguien quisiera perseguirlo. Si se gasta toda la plata y no consigue un trabajo en negro, tal vez se vea forzado a robar comida, y si lo agarran robando es probable que lo persigan. No, no va a robar. Que haya abandonado su vida anterior no quiere decir que exista fuera de las reglas de la sociedad. No empezó esta nueva vida para terminar convirtiéndose en criminal. Empezó esta nueva vida para deshacerse de la anterior. Lo importante no es lo que tenga de nuevo, sino lo que carezca de la anterior.

Los edificios que lo rodean son varios pisos más bajos que los de cuadras atrás. Un grupo de chicos de unos seis años juegan al fútbol en la calle. Ya no es normal ver a chicos de esta edad jugando en calles de ciudades sin que un adulto los vigile.

El estómago le anuncia que pronto va a necesitar un inodoro con bidé. Pan no pensó en posibles formas de acceder a inodoros con bidé. La idea es no planear, pero debería haber imaginado cómo acceder a inodoros con bidés cuando

la urgencia los invocase. ¿Puede vivir el resto de su vida sin limpiarse el culo con un chorro de agua? ¿Es suficiente el papel higiénico? En varios países es más que suficiente.

Podría volver al hotel: los inquilinos suelen tener derecho a usar sus habitaciones hasta las once o doce del mediodía. Basta de preguntarse la hora. Mañana va a desayunar cerca del hotel donde duerma, y a pasear por las calles que lo rodean, y esperar que lo sacudan las ganas de ir al baño para volver a la habitación y usar el inodoro con bidé. Basta de planear. Hay algo contradictorio en la necesidad de un bidé. Si no piensa ducharse de ahora en más, tal vez lo correcto sea no volver a usar un bidé. Que los chorros de agua no lo limpien ni de arriba ni de abajo.

Entra en un bar donde un grupo de jubilados juegan al truco. Se acerca al empleado tras la barra y le pregunta si puede usar el baño.

Tenés que consumir algo antes.

Una botella de agua sin gas.

Mínimo trescientos pesos.

Dos botellas entonces.

¿Las dos sin gas?

Sí.

Pan paga y le pide que por favor le cuide una de las botellas. Enfila hacia el baño destapando la otra y tomando un sorbo, sintiendo cómo el desayuno lo empuja hacia el suelo.

El inodoro no tiene tabla. Limpia el borde usando papel higiénico mojado con agua mineral y se sienta. Espera varios minutos hasta comprobar que no quedan retortijones. Se limpia, deja la botella en el hueco entre el inodoro y la pared y tira la cadena.

El empleado lo sigue con la mirada: quiere dejarle en claro que sabe, que siempre supo. Pan agarra la botella que pidió que le cuidara y se apura hacia la salida antes de que le pregunte qué hizo con la otra. Como su intención es no car-

gar nada, no tiene mucho tiempo para tomarse el agua mineral sin gas. No debería haber cargado la barrita de cereales en el bolsillo: de ahora en más lo que adquiere lo consume y sigue adelante.

Cinco cuadras en línea recta y se detiene. ¿Qué está haciendo?

¿Qué sucede con una pieza de ajedrez cuando abandona el tablero?

No es posible abandonar el tablero, ya tiene el tamaño del mundo.